

## DETERMINISMO GEOGRAFICO

Por: **GENERAL JULIO LONDOÑO.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 1, Volumen X  
Primer Trimestre de 1952*

**C**uando se estudian con detenimiento la historia de una nación o el desenvolvimiento de una cultura, se encuentra fatalmente que están determinados por tres elementos fundamentales: el tiempo, la sangre y el suelo.

El tiempo es, de los tres elementos, el más cargado de destino y representa la parte visible de la historia; las tradiciones, el influjo de las grandes personalidades, las respuestas a las incitaciones del mundo exterior para que desenvuelvan sus instintos de conquista, y finalmente, la conducta adoptada por la nación o la cultura frente a las grandes tragedias que le sobrevienen o a las crisis que les plantea la vida.

La sangre hace referencia a los atributos raciales con todas las características que las diferencian de cualquier otro grupo.

Por suelo se entiende el medio geográfico, el espacio en que nación o cultura se desarrollan; la porción de área terrestre que les corresponde, con su cobertura y sus formas, su extensión y sus condiciones meteorológicas. Es a este medio geográfico al que se le denomina **Habitat** cuando se le considera solamente desde el punto de vista de sus condiciones bióticas; o contorno si se habla de la forma geométrica a la cual se circunscriben los fenómenos culturales y nacionales; o **paisaje** si se toma en cuenta como escenario determinante de la historia.

De estos tres factores: tiempo, sangre y suelo, nosotros vamos a ocuparnos del último para ver hasta dónde puede llegar su influencia en el desenvolvimiento histórico de los grupos humanos.

Pero cabe ahora preguntar: puede achacarse al medio geográfico una influencia en forma de encadenamiento de causas y efectos que se imponga fatalmente sobre la voluntad del Grupo?

Ante esta pregunta podemos adoptar tres posiciones diferentes.

La primera es absoluta sostiene que el medio geográfico decide en primera y última instancia de la historia de las naciones.

Es el medio y no la voluntad quien guía al hombre hacia el futuro. Ganivet creía firmemente que bastaba solo conocer la geografía de un pueblo para narrar su historia y aún para predecir su porvenir. Es la sujeción de la voluntad a la imposición despótica del suelo.

La otra actitud, también absoluta, y contraria a la anterior afirma que el paisaje no puede intervenir en el proceso de formación o caracterización de un movimiento humano colectivo. Para ella no son las cosas sino los hombres los que hacen la historia.

Finalmente hay una actitud intermedia que acepta en buena parte la imposición del suelo sobre la voluntad del grupo humano; pero al mismo tiempo asevera que casi en su totalidad el hombre puede libertarse de esa tendencia determinista y marcar la ruta de su propio destino. Opina que por fuertes que sean las urgencias del medio no lo serán en grado tal que puedan destruir la libertad y anular nuestra voluntad. Cree que adoptar la primera actitud sería lanzar un reto a la libertad y aceptar la segunda implicaría cerrar los ojos a manifestaciones evidentes. Es en este punto de vista intermedio en el cual hemos de situarlos para el ulterior desenvolvimiento de las ideas. Aceptamos esta posición porque representa la tendencia aparentemente más lógica y porque indica el curso actual de las investigaciones geográficas.

Basta mirar en cualquier dirección para notar que las relaciones entre el hombre y el medio tienen carácter de lucha, lucha en la cual el hombre quiere dominar al medio y el medio absorber al hombre. Es una guerra sin cuartel. Para este combate el hombre se vale de todos los elementos que la civilización ha puesto a su alcance y derriba los montes, encauza los ríos, dirige los cultivos, levanta habitaciones, abre caminos en todas direcciones, funda ciudades y en mil formas distintas trata de destruir el viejo medio para crearse uno del cual sea el amo. Pero cuando no tiene las armas suficientes para triunfar sobre su adversario o cuando éste tiene vivo todo el poder de la naturaleza primitiva, entonces el hombre empieza a emprender el combate y el medio a absorberlo,

a transformarlo a su imagen y semejanza como lo hiciera con los animales y los árboles. Y va dotándolo de órganos y modificando su organismo para que pueda sincronizar su existencia con las condiciones ambientales hasta tal punto que se sienta en ellas mejor que en ninguna otra y no quiera cambiarlas. Le pigmenta la piel para que no lo torture el reflejo de la nieve; multiplica misteriosamente sus glóbulos rojos si trata de establecerse en las alturas; profundiza dentro de su piel las células que han de recibir los rayos solares para que pueda vivir en los trópicos; aumenta su volumen y estatura cuando decide habitar las zonas de las grandes latitudes; hace recluir la sangre en el interior de los tejidos durante los grandes fríos y salir de su escondite a la superficie al mismo tiempo que obliga a funcionar las glándulas sudoríparas en los grandes calores. Hace, en fin, todo lo que sea necesario para que el hombre se vaya sintiendo confortablemente dentro de sus redes hasta que adquiera características tales que no pueda cambiarlo.

La acción del medio ejercida en esta forma da la sensación de una fuerza repartida por la naturaleza, fuerza que quizás sea la que más se parece al reflejo del poder de Dios y que en poco se diferencia de aquella que, con nombres distintos, los grandes filósofos de todos los tiempos han tomado como base de sus sistemas y que para Aristóteles es la entelequia, para Platón lo inmanente, para Plotino el Nus, para Espinoza la realidad subyacente, para Shopenhauer la voluntad del mundo, para Nietzsche la voluntad de poder y para Bergson el élan vital...

Es ésta una fuerza que no vemos pero cuyos efectos nos rodean en forma maravillosa por todas partes. Pongamos por ejemplo a germinar una planta rastrera dentro de un cuarto oscuro y en una de las paredes abramos un pequeño agujero por donde penetre la luz. Veremos que el tallo va directamente al orificio tratando de alcanzarlo y de salir al exterior. Pero si cambiamos de sitio el orificio, el tallo se desviará inmediatamente en busca de la nueva fuente luminosa. El experimento puede repetirse tantas veces como se desee, con igual resultado.

Si hacemos crecer la planta a cielo abierto y a poca distancia colocamos una estaca que le sirva de apoyo para enredarse, veremos que el tallo va directamente a la estaca, y que si cambiamos esta de lugar cambiará en la misma forma la dirección de la planta, llegando el caso de que, si en vez de una estaca colocamos dos o más, la planta trata de bifurcarse o trifurcarse aún a costa de su propia vida.

Y no menos extraordinario es el caso de las plantas de sombra que todos conocemos en nuestros hogares, en las cuales las hojas se distribuyen por sí misma en forma tal que ninguna proyecta

sombra sobre las otras; o él de las plantas del desierto que disminuyen sus hojas casi a cero y extienden sus raíces en todas direcciones de manera que puedan extraer al suelo seco la cantidad de humedad que necesitan para su existencia; o las que cubren su tronco y hojas con sustancias resinosas para evitar la evaporación. ...

Y si en vez de las plantas observamos los animales nos sorprenderemos de ver los conejos cuyas orejas, su elemento primordial de radiación calórica, van alargándose exactamente de acuerdo con el aumento de temperatura. O los ciervos cuyas patas se ensanchan y ramifican en los terrenos descubiertos y se unifican y reducen hasta desaparecer casi en las selvas donde las lianas estorbarían sus movimientos. O los equinos y vacunos cuya piel se engruesa y cuyo pelo se hace abundante exactamente en la misma proporción que aumenta el frío de las cordilleras a donde van a radicarse.

Mas por extraños y profundos que parezcan estos influjos, más profundos y extraños son los ejercidos sobre el hombre cuyos mecanismos son más numerosos y delicados.

Pero todos estos hechos en que se nota la fuerza actuante del medio, aunque parecen escapar al análisis acusan sin embargo efectos extraordinariamente claros y precisos. Pero no en todos los casos sucede así. Hay muchos en los cuales la acción mesológica no es tan patente y en que los mismos efectos parecen contundirse con hechos distintos y aún adquirir aspectos que nos producen el escepticismo propio de las cosas esotéricas. Veamos un ejemplo:

Si repasamos la historia universal encontramos indefectiblemente que de todas las migraciones humanas que se han efectuado de oriente a occidente y viceversa solo han tenido resultados persistentes y definitivos aquellos que han seguido el camino del sol, esto es, que han ido de oriente a occidente, mientras que los que se han efectuado en el sentido inverso han tenido éxitos efímeros o han fracasado en sus intentos, por grandiosos y resonantes que hubieran parecido los éxitos de los primeros momentos. Caminando hacia el occidente se realizó la gigantesca obra de la conquista de América y marchando hacia el oriente se ensangrentó la tierra con las pasajeras dominaciones de Alejandro o con la esterilidad de las Cruzadas. En ningún momento las heladas planicies de Rusia o de Siberia fueron un obstáculo para las invasiones a Europa que realizaron los bárbaros venidos de la cuna del sol, mientras que en el sentido inverso constituyeron siempre una barrera de muerte para los ejércitos invasores, así fueran ellos dirigidos por un genio como Bonaparte o por un intuitivo como Adolfo Hitler. Entre nosotros puede verse esto en miles de casos. Compárense si no, en la vida

de Bolívar, el éxito pasajero de la Campaña Admirable que va desde el Magdalena hasta Caracas, con el resultado resonante y definitivo de la campaña del año diecinueve que se inicia en el corazón de los Llanos, y remata gloriosamente en el Puente de Boyacá.

Pero en todos los casos es necesario tener en cuenta que cada uno de los elementos constitutivos del medio ejerce por sí, separadamente, una acción diferente a la del conjunto y son estas acciones parciales las que hacen resaltar más claramente distintos aspectos de la vida de las naciones tales como el arte, la política la religión y en general cada uno de los factores que producen la cultura o que sirven de sustratum al desenvolvimiento histórico. Y este influjo que no siempre puede contrarrestarse mediante poderosos esfuerzos, es sin duda alguna lo que se parece más al sino, lo que tiene mayor apariencia de suerte en el devenir de todo pueblo.

Para comprobarlo evoquemos el mapa de Grecia y contemplemos cómo la nación se extiende hacia el mar como la mano abierta de un esqueleto” para usar una figura que se ha hecho clásica en este sentido. Por entre las separaciones digitales, el mar azul y quieto penetra profundamente hacia el interior. El clima es suavizado por el mar que lo hace más fresco en verano y más templado en invierno. Esta eficiencia climática trae como consecuencia abundancia de salud, lo cual, a su vez, estimula la inclinación al esfuerzo físico, e incita al ejercicio de las potencias del espíritu. Pero la tierra es pobre; tiene muchos más lugares apropiados para la contemplación que para la agricultura y como hay necesidad de alimentar a quienes viven en esa región climáticamente privilegiada hay que aprovechar la ventaja del mar a fin de ir a otras tierras a buscar lo que los griegos necesitan. Las grandes expediciones marítimas los ponen en contacto con la astronomía que es la primera inquietud espiritual que se despierta en aquel pueblo. Atenas, situada de manera que pueda ser abastecida por su propio puerto, uno de los mejores conocidos del mundo, se hace una ciudad comercial y al contacto de los aventureros y comerciantes que traen lenguas, conocimientos y religiones distintas, las viejas ideas se van desintegrando y transformando hasta que, gracias al acicate del medio, aparece la filosofía griega. Pero la inquietud espiritual que surge de esta mezcla no se encauza solamente hacia la filosofía: los panoramas inigualables, el mar con sus tonalidades que no tienen paralelo en los mares conocidos; la abundancia de paisajes y especialmente la proporcionalidad de las cosas, ya que allí todo esquiva la enormidad y toma medidas justas y moderadas, sumados a la salud de la raza y a la abundancia de mármol que aflora por todas partes, da origen a ese arte griego que aún espera la superación definitiva.

Pero es que el medio, al mismo tiempo que reproduce estas grandes manifestaciones colectivas

igualitarias buscando la unidad del conglomerado humano que lo habita, desciende hasta la más minuciosa diferenciación cuando se trata de los individuos dotados de facultades destacadas. Así como quiere distinguir al grupo por un común denominador siempre constante, trata también de diferenciar a los individuos selectos para que cada uno pueda dar libre curso a sus ideas o a sus inclinaciones. Para verlo, pasemos de Grecia a los Países Bajos, y observemos dos artistas, mejor aún, dos pintores, Hobemman y Rubens, que traten un mismo motivo pictórico, un paisaje por ejemplo. La diferencia entre los dos es de tal magnitud que puede decirse que entre ellos no existe nada de común. Lo que en el uno es silueta en el otro es masa. En el primero las formas entran en la composición y parecen estilizarse, elevarse, adquirir una verticalidad fina y discreta; en el segundo las figuras se ensanchan, la tierra deja de ser plana para formar curvas de gran amplitud y todos los detalles se hacen macizos y ampulosos. Es el mismo medio que ha penetrado en el alma de dos artistas de modo diferente para modificarse en la profundidad de la naturaleza de cada uno de ellos.

Pero si en lugar de dos artistas tomamos dos medios diferentes, tales como el inglés y el brahmánico, notamos en el primero un estatismo sereno y discreto, una plasticidad fría, como suspensión, mientras que en el otro encontramos un arrebatado voluptuoso, una retorcida movilidad de llama y una amplificación de formas contorsionadas hasta la desesperación. Son dos medios que expresan francamente el substratum que ha ido fijándose a través de los años en las almas de sus pueblos.

Pero tal como lo expresamos anteriormente, no es solamente en el arte en donde encontramos esta lucha del ambiente por imponerse en todas las cosas que salen de las manos del hombre, ni en la manera de pensar y de obrar de éste, sino, y esto de manera primordial, en el desarrollo de los factores espirituales y políticos de las grandes aglomeraciones sociales.

La religión, pongamos por caso, es tan claramente influenciada por el medio que muchas veces trata de confundirse con él: el animismo prima en las regiones tropicales selváticas en donde el tránsito es difícil, las condiciones de vida precarias, la civilización nula y los grandes trastornos de la naturaleza constantes. Entonces el hombre atribuye cada una de estas manifestaciones incomprensibles, a la divinidad, inventándose para el caso dioses múltiples y suplantando las grandes leyes naturales por potencias ultraterrenas. Por eso cada una de las células humanas de las selvas ecuatoriales tiene su "tabú" que no es otra cosa que el símbolo religioso de su propio medio. Es el medio convertido en realidad..

El induismo, por el contrario, domina en aquellas regiones no puramente selváticas en donde las condiciones de la vida son difíciles por estar expuestas a los violentos cambios de los fenómenos naturales y en donde el clima, de un calor inclemente y constante, se opone al esfuerzo físico y mental. Allí, para realizar un acto material cualquiera, es indispensable hacer un esfuerzo muchas veces mayor al que el mismo acto requiere en otro sitio de temperatura estimulante. Aquí la religión tiene que adquirir un sentido negativo, una tendencia a la quietud. Tal es el caso de la India en donde la malaria, la disentería, y muchas otras enfermedades por el estilo se suman al clima ardiente, a la escasez de alimentos, a la abundancia de población, cosas estas que actúan especialmente en las clases bajas debilitando el núcleo principal de la raza. Allí se confunde la perfección religiosa con la inactividad y la quietud.

En el desierto, en cambio, las cosas que el hombre puede temer son la sequedad, los fuertes vientos, el sol, el frío y el calor. Todas estas cosas se ligan estrechamente entre sí y por esta razón la mente se adecúa fácilmente a la idea monoteísta. Por otra parte, cada una de esas terribles condiciones le tomará desprevenido mientras no haya logrado arrancarle al tiempo sus secretos, de manera que tiene que vivir listo para enfrentarse al rigor de cualquiera de estas circunstancias, con lo cual va a parar directamente al fatalismo.

De otra parte, el cristianismo está extendido en las regiones de mayor eficiencia climática; en las regiones en donde el pensamiento es el carácter dominante de la cultura. De ahí su poder; de ahí que a medida que la civilización avanza, que la ciencia encuentra más recursos para luchar contra los medios hostiles y que las comunicaciones y elementos de transporte tratan de hacer del mundo una unidad cerrada que los hombres pueden recorrer a su agrado en todas direcciones, el cristianismo vaya invadiendo todos los rincones del mundo. Casi podría pronosticarse que el triunfo definitivo del cristianismo corresponderá al triunfo definitivo de la civilización, por paradójica que a primera vista pueda parecer esta afirmación.

Pero donde se ve de manera más marcada la influencia del medio en las diversas religiones es en la concepción fundamental, común a todas, del sitio para el premio o el castigo, después de la muerte. Para el lapón, por ejemplo, que habita cerca de las regiones polares con sus inviernos interminables, el cielo está constituido por un lugar tibio en donde el sol no se pone nunca.

Para los mahometanos es un evidente contraste con el desierto, que Mahoma describe así con harta exactitud: "No hay cosa alguna en el mundo que pueda ser mejor que el Paraíso. Es este un jardín

con ríos de agua fresca, fuentes, saltarinas, árboles con extensas ramas de donde cuelgan frutas de todas clases. Allí, en medio de gentes eternamente jóvenes discurre el tiempo entre cálices para el agua deleitosa y ánforas y copas para el vino que corre... No habrá allí dolores de cabeza ni fatiga de los sentidos... ”

El budismo ofrece una modalidad sustantiva: en la India en donde el calor es intenso y constante y en donde la fatiga se presenta pronto con grandes caracteres de angustia, el infierno está constituido por seis planos superpuestos en donde el calor y la sed van aumentando progresivamente. En el Tíbet, en cambio, en donde el frío se hace sentir con torturante intensidad, los seis pisos superpuestos representan fríos de diferentes grados hasta llegar al último en el cual la carne helada se rompe en pedazos, congelada por el frío, para volver a unirse de nuevo y seguir en este vaivén por toda una eternidad.

Pero en la misma forma que cambia la parte somática de los hombres e influye sobre el pensamiento de los grupos humanos, la acción del medio llega también a la política de las naciones. Así puede verse, por ejemplo, con entera claridad, cómo la tendencia firme y poderosa de las áreas de un medio homogéneo se muestra en el sentido de mantenerlas intactas. Por eso es muy frecuente y acaso podría decirse que es la regla común, que las áreas mesológicas y las áreas culturales coincidan; o dicho de otro modo, que la repartición hecha por la naturaleza y la adoptada por los hombres estén de acuerdo. En todas partes en donde esta posición se sucede las dos se unen de tal modo que su simbiosis da origen a ese sentimiento profundo de encariñamiento por el suelo llamado espíritu territorial, que hace resurgir a muchas naciones de sus propias cenizas y que perdura como un lazo más fuerte que los demás, aún contando la historia, la lengua y la religión...

Ahora: los componentes de la nacionalidad son el país y el Estado. Quien dice país dice terreno delimitado, suelo sobre el cual se desenvuelve el Estado que es la organización del pueblo como entidad libre e independiente. Cuando, por así decirlo, la figura geométrica del Estado y de la nación coinciden, es decir, cuando la organización estatal está cimentada en un área geográfica unificada que le sirve de base y al mismo tiempo la enmarca, la fuerza de la nacionalidad es poderosa y puede afirmarse que no habrá fuerza suficiente para destruirla por completo de inmediato. Pero cuando esta concordancia no se efectúa, la nacionalidad se debilita y se hace tanto más endeble cuanto más dista la concomitancia de los dos factores básicos.

De este hecho fundamental, nacido directamente del medio, se derivan importantes consecuencias

nacionales. Cuando dos entidades políticas, agrupaciones humanas, Estados o culturas se dividen entre sí un área homogénea, brota de inmediato en todas ellas el deseo de ocupar la totalidad del área, deseo que se convierte muchas veces en realidad. La ocupante es generalmente la nación más fuerte y su actitud se confunde exteriormente con una actividad imperialista, pero que tiene sus raíces en la naturaleza misma. Quizás el equilibrio internacional se adquirirá más fácilmente que por cualquier otro procedimiento forzando las unidades que componen el mundo a que hicieran coincidir de manera precisa sus áreas políticas con las regiones naturales.

Un ejemplo muy claro de esta tendencia es el intento de dominación total de las cuencas hidrográficas por una sola entidad política. Todo el valle de un río es una unidad perfectamente estructurada: las costumbres de las dos orillas son semejantes, los habitantes similares en raza y en ocupaciones; la fauna y la flora no ostentan, por lo general, diferencias notables. Por eso cuando el río se toma como línea divisoria aparece siempre la discordia. El límite, o mejor aún, la frontera, indica necesariamente una línea después de la cual la vida cambia o debe cambiar de manera sustancial. Si la vida no cambia el límite pierde casi por completo su oficio. Si registramos nuestra historia internacional hallamos que casi todos los sinsabores que hemos tenido en este sentido están fundados sobre los ríos; son ellos los que nos han dado a menudo, desazones y nos han colocado a veces frente a conflictos trágicos. Y en cambio, muchas de las líneas astronómicas trazadas sobre los meridianos y paralelos, de los cuales puede creerse que constituyen los más primitivos e inoperantes trazos fronterizos, parecen hallarse lejos de causar aquellos rozamientos.

La proximidad o inminencia de conflictos que a primera vista no tienen una lógica explicación, de lo cual se ha resentido siempre la política suramericana, vienen por lo general de haber escogido los ríos como elemento primordial de las fronteras. Las grandes hoyas hidrográficas del Plata en el sur y del Amazonas en el norte, las cuales componen el más profundo y amplio sistema venoso de las tierras suramericanas, son también las dos áreas que han condicionado la vida nacional y especialmente la política internacional en este continente. Porque cada vez que una cultura toma para sí un área a la cual sirve de eje un gran río, como es el caso de Egipto, la cultura toma un rumbo definido y sobrevive hasta tanto que causas extrañas vengan a ocasionar su decadencia. Pero cuando en vez de tratarse del Nilo, se habla del Rhin, los poseedores de sus dos riberas se destrozan por siglos sin que pueda verse en el horizonte señal alguna de reconciliación.

Pero así como el valle del río tiende a buscar siempre la integración de una sola unidad política, la montaña ofrece el ejemplo contrario. Las dos vertientes de toda cordillera tienen maneras de ser

distintas. Desde la base hasta la cima los cambios de temperatura van produciendo una variación equilibrada en la agricultura; el tránsito se facilita más hacia el llano que hacia la cumbre y el intercambio de productos se efectúa independientemente en las laderas. Cuando hay una nación de aquellas que la antropogeografía llama "naciones a caballo" por cuanto están acaballadas sobre el lomo de las cordilleras, su unidad ofrece las más tremendas dificultades y a la menor oportunidad las dos partes se "separan para constituir entidades distintas. Si se quieren ejemplos obsérvese en los países suramericanos vinculados a los Andes, cómo hacia el norte, los que están colocados sobre la cordillera tienen una disparidad asombrosa en su estructura, mientras que los que están situados al sur, con la cordillera como límite político, dan muestras de una unificación nacionalista mucho más definida y, fuerte. Quizás por eso la geopolítica sostiene hoy como un axioma que los límites que se ajustan a las cumbres de las cordilleras pueden considerarse como sabiamente trazados.

Los tres elementos fundamentales de la historia de las naciones y de las culturas influyen necesariamente en su devenir y aunque el hombre pueda en buena parte libertarse de la tiranía que estos elementos le imponen, la influencia fatal del medio se manifiesta de modo tan claro y definitivo que casi puede decirse que es el que en mayor escala contribuye a imponer a las naciones un sino, a condicionar su suerte y a encauzar su destino.

La primera razón de este fatalismo —si así pudiera llamarse el hecho de que una nación registre en su historia la lucha contra cosas que están pre ordenadas por elementos más fuertes que el hombre— arranca desde la caprichosa inclinación del eje terrestre sobre la elíptica. Los veintitrés grados que cuenta ese ángulo establecieron una notable diferencia entre todas las naciones y pueblos de la tierra. Gracias a ellos el sol cae verticalmente sobre el trópico, durante todo el año, lo que hace que la temperatura se eleve considerablemente, que la humedad abunde, que la exuberancia de la flora amenace con invadirlo todo y que por tanto el hombre encuentre allí condiciones desventajosas para su existencia puesto que estas características mesológicas lo oprimen hasta esclavizarlo. El aire que se elevó en los trópicos debido a la temperatura fuerte y constante, cuando ha alcanzado las altas regiones de la atmósfera se toma denso al enfriarse y cae en mitad del camino hacia los extremos del mundo y su falta de humedad produce la aridez del suelo originándose así ese cinturón de desiertos que rodea el planeta. Toda nación a la cual le haya cabido en suerte estar en una parcela de esta zona se verá sometida a la trashumancia y al pastoreo, a la inestabilidad y al fatalismo.

Avanzando en latitud se halla la zona en donde los cambios climáticos se suceden con una

matemática precisión y el hombre encuentra el mejor campo para su salud, para la energía, y para el desarrollo de todas sus condiciones intelectuales y físicas. Aquí el medio, en vez de un obstáculo, es una ayuda inmensa para el progreso. Las naciones que ocupan esta zona llevan sobre las demás una ventaja considerable.

Si avanzamos más al norte o al sur, encontramos la tundra, el medio hostil de nuevo al hombre y que emula con el trópico en sus desventajas para la vida humana.

Pero no solamente la latitud interviene como agente del destino. La morfología juega un papel semejante. La fuerza loca de los cataclismos prehistóricos fijó la colocación de las montañas y de las llanuras en una forma desordenada. Dentro de cada una de las zonas aparecen países montañosos con sus características, y cuyos pueblos, como todos los de un medio semejante, son tradicionalistas y ajenos a las innovaciones, o países planos, abiertos a las transformaciones, nivelados y uniformes como los de la estepa rusa o la pampa argentina. O finalmente aquella combinación de grandes alturas montañosas que ostentan amplias, planicies donde el hombre ha gustado siempre de aglutinarse para formar civilizaciones o precisar pueblos como los Incas del Altiplano Boliviano, los mayas de la planicie mejicana, o los seguidores de los Lamas en el Tíbet, aglomeraciones humanas de caracteres tanto más singulares cuanto más separadas y tanto más esotéricas y misteriosas cuanto más elevadas.

Pero aún podemos dar un paso más en este determinismo mesológico. Las 9, 1|2 partes de la superficie del globo están cubiertas por el mar y solo 3, 1|2 corresponde a tierra firme. El mar, además de ayudar a la alimentación de las naciones estimula el comercio y mantiene en todos los pueblos, grandes y chicos, un anhelo de conquista más o menos realizable que se confunde con aspiración a la grandeza nacional. Pero unos países disfrutan de tan señalado beneficio y otros no. Hay países ciegos; países que luchan denodadamente por tomar contacto con el mar para unirse a los grandes ejes de la navegación universal porque, estar privados de este beneficio, es una desventaja considerable que ha de repercutir necesariamente en la historia. Ahí está Suiza que sirve de aislante a la lucha de tres poderosas naciones que se esfuerzan por dominarse mutuamente. Allí está Etiopía a quien eminentes naciones europeas han condenado a un enclaustramiento sin fin; allí esta Bolivia con sus prodigiosas riquezas minerales, enclavada en el corazón de Suramérica sin tener salida alguna para aquella abundancia que podría redimirla.

Otras veces a las naciones pequeñas les corresponde quedar al lado de las fuertes y poderosas,

hecho que decide frecuentemente no solo de su historia sino de su existencia. Su vida está en peligro si disfrutan de un medio geográfico rico o convenientemente situado. Y su voz no llegará a oídos, de los grandes si le ha tocado un espacio desfavorable y pobre. Que lo digan si no todas las repúblicas que rodeaban el oriente del Báltico, y las del centro, de Europa y aquellas de los Balcanes que desaparecen de repente de las geografías para no volver a aparecer jamás. Porque el espacio no es solo una cantidad sino una fuerza, un impulso dominador que a veces se muestra dócil y permeable en las conferencias internacionales en las cuales el espíritu humano ha logrado, como una conquista suprema, que exista, aunque solo sea en teoría, una paridad tal que tenga el mismo valor el voto de la nación poderosa que el de la pequeña, pero que deslustra esta conquista y se toma enemistad agresiva entre los dos vecinos dispares al primer contacto con la realidad recordando de inmediato la fábula de Pulgarcito y el Ogro.

Todo lo anterior demuestra que hay una preordinación de las cosas cuya presencia las naciones no pueden eludir y contra la cual tienen que luchar desesperadamente para encauzar su historia. "Ciertos pueblos —decía Keyserling— tienen un destino imperial y otros no; unos lo tienen continental y otros marítimos; unos nacional y otros tan solo provincial. Unos están predestinados a ser sujetos de la historia y otros a ser objeto de ella. Los pueblos, tienen en su último fondo y ante todo, un verdadero destino que resulta de la estrecha unión entre la sangre y la tierra".

Mas es preciso tener siempre en cuenta que aquellas regiones que han sido dotadas de un medio de condiciones favorables han hecho afluir hacia ellas a los hombres, los han reunido como los oasis en el desierto. Ciento setenta y cinco regiones del globo han sido marcadas como de condiciones climáticas benignas para la vida humana; pero entre estas, mismas regiones existen enormes diferencias por razón de los otros elementos mesológicos. De todas maneras cada una de las regiones ha atraído a los hombres en mayor o menor escala según la calidad de sus condiciones. De este hecho simple se desprende la distribución humana sobre la superficie de la tierra. Y la densidad humana en estos sitios favorables crece en forma geométrica con un ritmo casi desesperante y la desigualdad de la agrupación se hace sentir hoy que esta tierra cuenta con 2.500.000 millones de habitantes. La densidad ha llegado a tal punto en algunas partes que el hombre ha logrado cambiar el medio casi por completo. Las condiciones primitivas del dominio absoluto del medio se invirtieron y ahora es el hombre quien trata de hacer el medio a su imagen y semejanza. El más perfecto ejemplo es la ciudad, la gran ciudad y más aún la ciudad nacional, esa que absorbe la vida de los países y se convierte en corazón y cerebro de la nación.

La ciudad actual fijó la diferencia entre dos medios típicos: la ciudad y el campo, diferencia que no solo se marca en él espíritu «de los hombres sino que parece que estuviera escrito en su rostro y que hubiera modelado sus miembros y fijado sus maneras. Pero la ciudad moderna constituye un medio irradiante porque va extendiendo su influencia hacia el campo con mayor fuerza según su magnitud y con mayor eficacia según su civilización. El campo va cada día tomando las características de la ciudad y usando de todos los arbitrios que ella ofrece para luchar contra el medio: teléfono, luz, radio, vehículos, frigoríficos, electricidad, en fin, todo aquello con que la ciudad ha podido dominar el medio primitivo y cambiarlo.

Pero el hombre ama la ciudad; por eso el campo viene hacia ella y con ella quiere confundirse. Allí el hombre experimenta el influjo de un medio que le da la sensación de liberación y de bienestar a pesar de las torturas que ella misma le proporciona, nada importan la adaptación completa en que se encuentre para hacer frente a su influjo tremendo. Quizás sea Spengler quien de manera más precisa ha captado este estado espiritual que la ciudad produce en el hombre. Todas las grandes culturas —dice el autor de la Decadencia de Occidente—, son culturas urbanas. La historia universal es la historia del hombre urbano. Los pueblos, los Estados, la política, la religión, todas las artes, todas las ciencias se fundan en un único fenómeno de la existencia humana: la ciudad... El alma de la ciudad habla un idioma nuevo y muy pronto se identifica con el idioma de la cultura... El campo con sus hombres aldeanos está herido de muerte: ya no comprende ese idioma... El paisaje campesino imprime su forma sobre el alma del hombre, vibra al compás del alma humana... El porte, la marcha, el traje inclusive se amolda a los prados y a los bosques. .. La ciudad desafía al campo. Su silueta contradice las líneas de la naturaleza. La ciudad niega la naturaleza; quiere ser otra cosa, una cosa elevada... e inventa una naturaleza artificial en que viven los hombres.. Los trajes y hasta los rostros armonizan con un fondo de adoquines... Y el pobre aldeano atónito, de pie sobre el asfalto hace una figura ridícula; No comprende nada ni nadie le comprende a él... Pero quien cae en las redes de la belleza pecadora de este último prodigio de la historia no recobra nunca más su libertad. La patria es para él la Ciudad. Prefiere morir sobre el asfalto de las calles que regresar al campó. Y el hombre de la gran urbe lleva consigo la ciudad, la lleva cuando sale al mar; la lleva cuando sube a la montaña. Ha perdido el campo en su interior y ya no puede encontrarlo fuera”.

Hasta aquí hemos visto el medio aislándolo de los demás factores componentes de la historia. No sería posible ver, en él corto lapso de qué disponemos, hasta dónde esté elemento alcanza a influir sobre los otros dos o a ser, a su vez, influido por ellos.

Tampoco disponemos de espacio suficiente para poder aplicar cuanto hasta aquí hemos dicho, a un caso concreto; debido a lo vasto del panorama que ésta posibilidad nos obliga a contemplar de un solo golpe de vista. Porque si lo refiriéramos al Caso nuestro, por ejemplo, veríamos cómo al relacionar directamente el medio con la raza, tendríamos qué asistir a ese proceso de plasmación en que la tierra iba modelando el rostro y los ademanes de los primeros moradores, modelación ésta cuya fuerza alcanza tal grado que cuando los españoles, después de permanecer un tiempo considerable en estas tierras, regresaban a su patria, su rostro y ademanes habían cambiado de tal manera que para diferenciarlos de sus hermanos los llamaban indios. O asistiríamos al espectáculo de los descubridores destruyendo los grupos indígenas repartidos en las áreas pequeñas en donde el clima y el suelo les eran propicios para la vida y mezclándose luego con los sobrevivientes para dar origen a un intento de raza cósmica cuya historia en nada se parece a la del Perú o Méjico, en donde los invasores tuvieron qué adoptar procedimientos contrarios...

Y las relaciones entre el medio y el tiempo nos hubieran dado a conocer cómo la obra prodigiosa del descubrimiento se ciñó por completo a las líneas trazadas de antemano por los ríos. O cómo en la conquista, debido a la fragmentación de las cordilleras, cada una de las diferentes células hispánicas buscó asilo en un lugar confortable en donde construyó una ciudad importante para que más tarde nos hiciéramos acreedores al nombre de "República de ciudades" con que se nos distingue de cualquier otro de los países del continente.

O veríamos en la Colonia cómo un centro nuclear débil como la capital del virreinato no podía influenciar a las demás ciudades sino en una medida pequeña y tardía, por lo cual cada una de ellas fue adquiriendo al mismo tiempo que una fisonomía comarcal, un desarrollo intelectual propio que aún puede verse lo mismo en Bogotá que en Pamplona, Tunja, Popayán, Pasto u otra de tantas ciudades que pueden ser orgullo de la intelectualidad colombiana.

O tropezaríamos en los comienzos de la independencia con la lucha para que las provincias que el medio tiende a separar, lleven su vida independientemente del conjunto o formen una estrecha unión que salve en cualquier momento el todo, lucha ésta que empieza con Torres y Nariño como federalismo y centralismo y sobrevive a través de todas las modificaciones políticas de la nación. O asistiríamos en la gesta heroica a la clara división de los episodios de las llanuras y de las cordilleras adquiriendo en aquellas en sentido estrictamente militar como en las Queseras o el Rincón de los Toros, y tomando en éstas un sentido político trascendental como Boyacá, Pichincha o Ayacucho, y cuya manifestación palmaria se ve en la liberación del Perú cuando San Martín quiere definir en la

planicie de la costa la libertad de aquel país recibiendo al final de su empresa desinteresada y admirable el espejismo de una realidad fugaz, mientras que Bolívar realiza el mismo intento afirmándolo en la cordillera con lo cual define para siempre la libertad de la república peruana.

Y también en la época de la República podríamos palpar casi los inauditos esfuerzos por la acomodación del Estado al molde del terreno, esfuerzo que alcanza unas veces visos de realidad y otras da idea de alejarse hasta hacer imposible cualquiera coincidencia de estas dos entidades.

Y a lo largo de todos estos períodos encontraríamos el caso de que debido al clima que crea nuestra situación tropical, la población se ha refugiado en las montañas agrupándose en la cuarta parte de nuestro territorio las nueve décimas partes de la población, circunstancia por la cual a esta área reducida le corresponden también las nueve décimas partes de la historia de Colombia...

Y así podríamos seguir hasta llegar a una altura en la cual el medio empieza a borrarse y los hechos a adentrar sus raíces en campos distintos, y en ese punto veríamos que, en nuestra historia, lo que nace del medio es lo que constituye lo épico, pero al sublimarse el pasado, cambia de tono y aparece, desligado ya de todo lazo terrenal, lo que tiene de esplendoroso y ejemplar como sucede con la decisión de los Comuneros o el memorial de agravios de Camilo Torres, el Congreso de Panamá o la carta de Jamaica, la fe de Bolívar o la rectitud de Santander, la prodigiosa sencillez de Murillo Toro o la aquilina visión de los Caros, la lucha por la libertad o el ejemplo perdurable de todos aquellos hombres que, provenientes de los diversos partidos políticos o de las distintas regiones del país, fundieron en una sola entidad los tres factores determinantes de la vida de una nación: la sangre, el tiempo y el suelo.



Magnífica vista aérea del sector central d la Capital de Antioquia.



Otro aspecto aéreo del sector comercial de Medellín.